ediciones
ALFAR

ediciones
ALFAR

# El vendedor de pájaros

ediciones
ALFAR

# El vendedor de pájaros

Robert Brasillac

Traducción de Luis Bonmatí Mingot

ediciones ALFAR

ediciones ALFAR

Colección: Rapto de Europa
Edición a cargo de Luis M. Oliva Lucas
Diseño de cubierta. www.srdonovan.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.




**Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.**

© Robert Brasillach
© De la traducción Luis Bonmatí Mingot
© Ediciones Alfar S. A.
Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6. 41008 SEVILLA
www.edicionesalfar.es / alfar@edicionesalfar.es
ISBN: 978-84-7898-889-1
Dep. Leg.: SE 426-2021
Imprime: Imprena Kadmos
Impreso en España - *Printed in Spain*

## Brasillach: la persona y el personaje

Francia, país con una de las divisas más populares del mundo —«libertad, igualdad, fraternidad»— también esconde un pasado oscuro y bastante menos conocido, del que se avergüenza. Un pasado que no desea recordar. Un pasado con tintes parecidos a los de nuestro franquismo, aunque esta vez los crímenes y las atrocidades fueron cometidos por republicanos. Y es que a veces la condición humana es igual de estúpida tanto de un lado como del otro. *L'épuration française* ha caído en el olvido tanto o más que las últimas palabras de la divisa de la República Francesa —«o la muerte»— acuñada por el guillotinado Robespierre; y tanto o más como aquí se empeñan en que olvidemos que hay muertos en las cunetas de nuestras carreteras. Pero recordemos que los liberadores anglomarxistas —gaullistas, democristianos y comunistas— ejecutaron de manera arbitraria a diez mil franceses según las cifras oficiales —otras fuentes apuntan a cerca de cincuenta mil— y torturaron a treinta mil personas además de incendiar viviendas y locales a su antojo y violar a mujeres. Los franceses, que a veces son muy bien hablados, se refieren a este triste episodio de su historia —esto sí, de manera muy fina— como «los excesos de la Liberación».

ediciones ALHAR

Robert Brasillach (nacido en Perpiñán, en la Cataluña francesa, el 31 de marzo de 1909) se entregó al gobierno francés de la posguerra a cambio de que este pusiera en libertad a su madre y a su hermana que las fuerzas del orden habían arrestado precisamente para que fuera posible este «trueque», ya que esos familiares no habían cometido delito alguno. Más que un arresto se trató, pues, de un secuestro. Su juicio también fue una farsa porque no lo juzgaron en las mismas condiciones que a otros prisioneros de guerra —el, por aquel entonces, todopoderoso Partido Comunista Francés había exigido a De Gaulle su cabeza a cambio de estabilidad política—. Aunque se afirmaba que no se juzgaban las opiniones de las personas, a Brasillach se le iba a matar por ellas.

Y es que el gobierno tenía la firme determinación de eliminarlo. Rebatet y Céline habían huido a Alemania y solo quedaba él como máximo exponente de la colaboración literaria. Por aquel entonces Brasillach era redactor jefe del semanario *Je suis partout*, había escrito una muy difundida *Historia de la Guerra de España* en la que mostraba claramente su apoyo al bando franquista y era considerado como el novelista exponente del fascismo después de que viera la luz su tan aclamada como polémica novela *Los siete colores*. Simplemente era una pieza demasiado cotizada en aquel momento como para no hacer de él un ejemplarizante escarmiento público.

ediciones ALFAR

La opinión pública estaba entonces en manos de los comunistas y la prensa reclamaba más y más sangre. En el periódico *La France au combat* se pudo incluso leer: «Que no nos vengan ahora con sensiblería barata a pedirnos que respetemos al genio literario, a decirnos que el señor Brasillach forma parte del patrimonio francés». Casi toda la prensa rugía por la cabeza del escritor.

Brasillach murió porque no quiso fingir arrepentimiento. Aunque confesó que había colaborado con el enemigo, en realidad lo hizo en mucha menor medida que otros sobre los que el peso de la justicia no cayó.

Fue condenado a muerte y fusilado en el fuerte de Montrouge el 6 de febrero de 1945.

Afirmó que para él su sentencia y ejecución eran un honor, pero para casi todos los demás fue una vergüenza, tal y como espetó alguien en la misma sala cuando se dio a conocer la sentencia.

Ya en el fuerte de Montrouge (Arcueil), después de saludar educadamente a otros dos condenados a muerte que también aguardaban su hora, se dirigió al poste donde lo iban a ejecutar y, sin venda en los ojos pero con su perenne sonrisa en la boca, dirigió una última mirada al pelotón a través de sus gafas de carey. Recibió 11 balas de fusil y un tiro de gracia a 5 cm de su frente (debería haber sido en la sien, si bien esto carece de importancia) que acabaron con la corta

ediciones ALLAR

vida de Brasillach. Su abogado, Jacques Isorni —que afirmó que la defensa del acusado hubiese resultado pan comido ante un tribunal neutral, pero imposible ante aquel que lo juzgó en tan solo una tarde y que se hallaba condicionado por el mismísimo jefe del Estado— enjugó con su pañuelo la sangre que manaba de su frente.

De Brasillach solo quedó para la posteridad su última frase, pues tuvo suficiente entereza como para gritar unos instantes antes de que las balas impactaran en su cuerpo: «¡Valor! ¡Viva Francia!»; y su última recomendación: «No pierdas nunca la sonrisa ni siquiera cuando vayan a ejecutarte».

Sus obras, de las que se hablará aquí más adelante, quedaron en el olvido; y posiblemente también sus gafas, en el suelo, a tan solo algunos centímetros del cuerpo. La famosa divisa del país no fue respetada ni aplicada más que parcialmente en lo que respecta a la fraternidad, ya que intelectuales de peso —tanto de izquierdas como de derechas, representados por François Mauriac— solicitaron a De Gaulle que no se ejecutara a alguien con tanto talento por el simple hecho de haber expresado su opinión. Gide, Beauvoir, Dalí o Sartre no firmaron, sin embargo, aquella petición porque debían obediencia al partido comunista. Otros ilustres tampoco al estar exiliados. Sí la firmaron, entre otros, Camus, Paulhan, Duhamel, Valéry, Cocteau, Anouilh, Aymé, Honegger, Vlaminck o Derain.

ediciones ALFAR

Brasillach forma parte del trío de escritores conocido como malditos, junto con Céline y Pierre Drieu de la Rochelle.

Céline, «el profeta de la decadencia europea», revolucionó la literatura con su novela *Viaje al fin de la noche* y murió ejerciendo su profesión de médico en hospitales para gente sin recursos. Se libró de ser ejecutado porque Francia prefirió que permaneciera en Dinamarca hasta que las cosas se calmaran. Hoy en día es curiosamente venerado por lectores e intelectuales tanto de derechas como de izquierdas.

Drieu de la Rochelle, dandi seductor seducido a su vez él mismo por el fascismo, amigo de personalidades y de artistas de ambas ideologías, no tuvo tanta paciencia y él mismo se quitó la vida en París. Fue entonces cuando su vida y obra cobraron fama. Sus *El fuego fatuo* y *Gilles* son claros ejemplos de tal vez una de las personalidades más excéntricas del siglo XX.

Brasillach coincidió con Céline y Drieu de la Rochelle en el diario nacionalista *Je suis partout*. Antes, participó en la sección literaria del diario *Action Française* que dirigía Charles Maurras, de quien podemos afirmar que fue quien más influyó en él.

*Je suis partout* se convirtió en portavoz del fascismo internacional. Los seguidores italianos de Mussolini, los falangistas españoles y la Guardia de Hierro rumana tuvieron más espacio en esta publicación que en los periódicos de sus propios países. Brasillach

ediciones ALFAR

atacaba sin ambages el comunismo, la masonería y el judaísmo. Precisamente una terrorífica frase suya antisemita, leída durante la vista, fue la que posiblemente terminó condenándolo. La frase venía a decir, más o menos, que habría que meter en la cámara de gas a los judíos y que, para que los niños no sufrieran la pérdida de sus padres, habría que ejecutarlos a ellos también.

Pero es que, además, Brasillach tuvo mala suerte. Cuando De Gaulle estudió el dosier que reclamaba la conmutación de su pena de muerte, descubrió una foto con dos hombres: uno llevaba uniforme alemán y el otro iba vestido de civil. De Gaulle los confundió y dijo: «No puedo aceptar que un francés haya llevado el uniforme alemán». Sin embargo quien llevaba el uniforme alemán era Doriot y quien vestía de civil era Brasillach.

En 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial y, paradójicamente, muchos de los miembros de *Je suis partout* se alistaron en el ejército francés para combatir a los alemanes. Brasillach se enroló en 1940, fue hecho prisionero por los alemanes y enviado a un campo de concentración, de donde salió en libertad en marzo de 1941. Bajo la ocupación alemana, *Je suis partout* editó 300000 ejemplares. Brasillach abandonó la dirección del periódico en agosto de 1943. Un año más tarde, las fuerzas aliadas entraron en París y el diario dejó de publicarse. Sus redactores fueron capturados o fusilados o condenados a trabajos forzados o se refugiaron en la España franquista.

ediciones ALFAR

Además de novelista, Brasillach fue un excelente crítico de cine, un buen biógrafo y un periodista estupendo. Algunas de sus obras vieron la luz en español: las novelas *Presencia de Virgilio* (1931), *El proceso a Juana de Arco* (1932), *El hijo de la noche* (1934), *Los cadetes del Alcázar* (1936), *Los siete colores* (1939), *La conquistadora* (1943) y las poesías de *Poemas de Fresnes* (1944). Tras su muerte se publicaron *Carta a un soldado de la clase 60* (1946), *Antología de la poesía griega* (1950), *Berenice* (1954), *El París de Balzac* (1984) y *Hugo y el esnobismo revolucionario* (1985).

Destacaremos aquí dos de sus obras:

- En la novela *Los siete colores*, finalista del Premio Goncourt, Brasillach demuestra ser un virtuoso pues maneja a su antojo, con una maestría sin igual, diferentes géneros. Se trata de una preciosa historia de amor en la que un chico y una chica se enamoran mientras visitan París, pero ambos se distancian cuando la chica se casa con un joven comunista. La novela nos describe el clima que se vivía en Europa justo antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial y permite comprender la seducción que ejerció el fascismo sobre una juventud que necesitaba ideales. Y una juventud, mucho más romántica que política, que solo pretendía ser feliz.

- *Los poemas de Fresnes*, que escribió en la prisión mientras aguardaba el día de su ejecución, son una maravilla poética escrita por un reo que espera su hora. En el poema «El testamento de un

ediciones ALFAR

condenado» pasa revista a su vida, a las personas que quiere y habla de su país con fervor pero sin resentimiento. Para él lo más importante era ser siempre digno y conservar el honor.

Muchas de sus obras no han sido ni siquiera traducidas, como, por ejemplo, su primera novela *Le voleur d'étincelles* (1932) o *Léon Degrelle et l'avenir de «Rex»* (1936), *Comme le temps passe* (1937), *Les frères ennemis* (1946), *Six heures à perdre* (1953), *Une génération dans l'orage* (1968), *Les captifs* (inacabada. 1974), *Montherlant entre les hommes et les femmes* (1985).

*El vendedor de pájaros*

Fue la tercera novela de Brasillach y —tal vez por esa apariencia entre budística y filosófica del propio anciano vendedor de pájaros—, en un sondeo realizado por un prestigioso periódico de Saigón en 1950 fue considerada entre las 12 mejores novelas de la primera mitad de siglo.

Una de las virtudes de *El vendedor de pájaros*, escrita a los 27 años, estriba en que, en ella, podemos descubrir de primera mano el genio literario de su autor aún no contaminado por su posterior ideología fascista-militarista, y es posible admirar de manera imparcial su formidable pericia narrativa sin, por ello, venerar al execrable antisemita. En efecto, es muy complicado encontrar en esta obra rastros del fascismo presente en otras del mismo autor, porque esta no exhibe pretensiones ideologizantes.

ediciones ALFAR

Brasillach empezó a escribirla en 1933 con otro título —*El meridiano de París*— mientras hacía el servicio militar, retomándola en 1935. Resulta interesante seguir los títulos que Brasillach fue dando al manuscrito: *Mala suerte*, *Cara o cruz*, *La dificultad de los sentimientos*; hasta quedarse con *El vendedor de pájaros*, un título más poético y dickensiano que los anteriores. Cada uno de estos títulos subraya, no obstante, un aspecto de la novela y el de *El vendedor de pájaros* los puede englobar a todos, a la vez que hace hincapié en la dimensión poética de la obra.

En la novela, el autor nos invita a dar un hermoso paseo por París en compañía de un vendedor de pájaros (en realidad, de un «no vendedor» de pájaros) durante el duro momento del periodo de entre guerras. De su mano paseamos por la maravillosa ciudad y vamos descubriendo personajes llenos de vida y de pasión, cada uno con su vida propia y un nivel sociocultural diferente, pero todos con un futuro incierto por delante: estudiantes, vendedores ambulantes, niños problemáticos… o incluso al propio Brasillach, escondido tras el personaje de Laurent. El vendedor de pájaros encarna de alguna manera el destino al que todos los personajes deben enfrentarse: un destino a veces cruel, otras fugaz, en ocasiones caprichoso, pero que los une —nos une— a todos y que a menudo se resuelve por puro azar, a cara o cruz. El protagonista trata siempre de dar su apoyo a los demás y orientar a su manera, con su sabiduría callejera, a quienes no saben muy bien ni lo que hacen ni lo que van a hacer

ediciones ALFAR

con sus vidas, cosa que también le ocurre al propio vendedor de pájaros. Es decir, esta es una novela de personas normales con vidas corrientes, cuyo destino los llevará a ser de todo menos normales y corrientes.

Brasillach pinta con mano maestra escenas de la vida parisina de principios de los años 30 con una riqueza psicológica extraordinaria, consiguiendo que viajemos con facilidad 100 años atrás, dándonos a conocer cómo se vivía realmente entre las escaseces de aquel París e introduciéndonos bajo la piel de cada uno de sus personajes para hacernos sentir como un adolescente, como los universitarios de entonces, como unas harpías o una ricachona o un borrachuzo, o como quien tiene que vivir de lo poco que le da su pequeña tienda de comestibles, o como un niño abandonado y escapado del orfanato que tiene que buscarse la vida. Y cada uno de los personajes se justifica por sí mismo y por sí solo. Especialmente, la muy dura por fuera y muy tierna por dentro Marie Lepetitcorps, la otra protagonista y eje vertebrador del libro procedente de Sens —donde Brasillach estudió—.

Pero, además de sus temas habituales —la juventud fugaz, la amistad, el amor, los sentimientos enfrentados...—, aquí Brasillach va más lejos y más hondo al —enfrentándose a temas en él nuevos como el crimen, la violencia o la naturaleza cruel de algunos niños— abordar con extraordinaria sutilidad la inocencia y la culpabilidad, la caridad y la justicia, la naturaleza ingrata y la grata.

ediciones ALFAR

Además de desmentir a la prensa francesa del momento y dejar demostrado que, pese a quien pese, Brasillach, desde muy joven, era ya un legado del patrimonio francés para la posteridad. *El vendedor de pájaros* es un libro para los lectores de cualquier color, bando, credo o condición, que da a sospechar que en nuestro mundo hay más vendedores de pájaros, otros ángeles de la guarda que nos protegerán —con o sin éxito— de los demonios a los que, sin duda, nos enfrentamos cada uno en unas vidas a veces a la deriva y forjadas por destinos caprichosos tan imprevisibles como el resultado de una moneda lanzada al aire cuyo resultado se puede mirar con valentía o se puede ignorar con la misma valentía.

Luis Bonmatí Mingot

ediciones ALFAR

ediciones
ALFAR

# EL VENDEDOR DE PÁJAROS

## PRIMERA PARTE

ediciones ALFAR

ediciones
ALFAR

# Capítulo primero. El vendedor de pájaros

Isabelle iba bastante a menudo, en las noches de verano, a sentarse a un banco del parque. Allí estaba más o menos segura de poder encontrarse con su amigo el vendedor de pájaros. Este venía al parque con su barba corta y descuidada, más blanca que gris, y con dos jaulas que llevaba colgadas de un bastón, en equilibrio, sobre su hombro derecho. Ella le preguntaba si había vendido algún pájaro. No había vendido ninguno. Desde que Isabelle vivía en la ciudad, hacía ya casi un año, nunca su viejo amigo había tenido la ocasión de ejercer su comercio. Después de todo, ¿a quién le extraña? Y, ¿qué puede empujar a un hombre honrado a elegir una profesión tan frustrante como la de vendedor de pájaros? La gente no necesita a diario un pájaro de la misma forma que necesita pan, carne o, incluso, un paraguas. A lo sumo, si me apuran, una vez al año se puede encontrar a una portera que desee la compañía de un canario de las islas o a una señora sentimental que quiera aparear a su perico azul. Luego uno vuelve al paro, a seguir paseando a estos curiosos huéspedes que necesitan un montón de granos y que temen al frío.

—En invierno, verá usted —le contaba el vendedor de pájaros a Isabelle— en invierno nuestra profesión es muy dura. Si no estuviera ya acostumbrado, si no

ediciones ALFAR

tomara todas las precauciones posibles, todos mis pájaros morirían. Nunca tengo muchos, como habrá podido comprobar. Una jaula para los cuatro pericos, una jaula para los canarios. Me adoran, me conocen y tratan de no morir para que yo no me sienta mal. Cuesta una barbaridad sustituir a un pájaro. Yo no podría afrontar los gastos que exige nuestra profesión si se murieran con demasiada frecuencia. Para mí ya es suficientemente duro el día que vendo uno. Ayer mismo, una señora me detuvo en la calle y estuvo mirando los pericos. Me preguntó los precios, qué comían. Y luego se fue, pasé un miedo terrible.

Isabelle se puso a reír con mucha alegría porque, desde hacía bastante tiempo, había adivinado que su amigo, el vendedor de pájaros, era un artista, y a este le habría dado algo si hubiese tenido que liquidar su mercancía. Se abastecía en la calle du Vieux-Colombier: la gente le apreciaba y le hacía descuentos. Paseaba a sus pájaros, como mucho, dos veces al día: una por la mañana antes de mediodía y otra por la tarde, durante dos horas, antes de que atardeciera. El resto del tiempo, los dejaba en su ventana, abierta en verano, cerrada en invierno, y vagaba en sus otras ocupaciones que permanecían misteriosas para Isabelle.

Sus conversaciones, en aquellas hermosas tardes de verano, nunca eran demasiado largas. Al cabo de unos diez minutos, el vendedor de pájaros alzaba con amabilidad su viejo sombrero doblado —un viejo gorro de cazador— y, balanceando hacia delante y hacia atrás sus dos jaulas idénticas, bajaba por las

ediciones ALFAR

avenidas del parque para regresar a su casa. Porque decía «mi casa» del mismo modo que decía «nuestra profesión», con el mismo orgullo modesto. E Isabelle se quedaba sola, esperando a que aparecieran sus amigos, sus amigas, que sabían muy bien que no tenían que molestarla a aquella hora.

Ignoraba dónde se alojaba el anciano: en dos o tres ocasiones, al salir de la Sorbona, se lo había cruzado, pero él había fingido no conocerla, como si se hubiesen cruzado en una calle de dudosa reputación. Le parecía, sin embargo, que vivía cerca del Barrio Latino y, por la tarde, lo había visto bajar, en efecto, por la avenida du Parc y por la calle Saint-Jacques. Pero Isabelle prefería seguir ignorándolo.

Alrededor de ellos, el agradable jardín, obra maestra del barroco de París, adormecía con suavidad, bajo sus grandes esferas relucientes, a los amantes, a las familias dispersas, a decenas de niños, a los estudiantes de las Residencias Universitarias. Isabelle contemplaba el pabellón morisco, erraba un instante alrededor de una prominencia desde donde percibía rocas artificiales y el suave manto del lago y, después, regresaba, por el pequeño café que se llama, creo, Chalet-du-Lac, al césped central de la Cité francesa, donde sus amigos, recostados sobre la hierba, escuchaban los últimos discos americanos.

Desde hacía mucho tiempo, incluso antes de vivir en la Cité, a Isabelle le había gustado aquel barrio de París, a menudo desierto, con sus amplias avenidas, sus vías de tren, sus casonas burguesas y sus pequeños

ediciones ALFAR

jardines de las afueras. Como tantas otras personas, lo había descubierto un día en que se sentía un poco triste. Aquellos días eran para ella días de paseos y de casualidades y, más tarde, sobre un plano de París, estaba segura de que volvería a encontrar sus penas de antaño, ahora tan dulces, circunscritas a algún distrito alejado del centro, rodeadas con delicadeza por el trazo malva o azul de geógrafos inconscientes o sentimentales.

Recordaba haber paseado sus penas de aquella manera, el día en que había suspendido el certificado de griego, por las calles judías que se encuentran detrás del Hôtel de Ville y que deben todavía conservar algunos fragmentos de aoristo, algunos desechos de Tucídides. El día en que su mejor amiga, pero también la más malvada, le había dado plantón, se había dirigido hacia la Villete y hacia el Canal Saint-Martin, recorriendo en su periplo de desolación un área de París más vasta en una sola tarde que a lo largo de todo el año.

A veces, en aquellas calles desconocidas, se detenía y hablaba con el panadero, con el niño que se había caído en el riachuelo, con los cargadores de colchones y con las silleras. Sabía hablar, se ponía enseguida al nivel de aquellos a quienes abordaba, y era capaz de interpelar con la misma tranquilidad al ángel disfrazado o al trapero. Por prudencia no se acercaba nunca a las chicas, aunque se arrepentía de ello: le habían dicho que eran violentas, susceptibles. Todavía tímida, se decía sin embargo a sí misma:

ediciones ALFAR

quizá es a mí a quien esperan para reconciliarse con el universo.

Era así como había hecho amigos: una vendedora de periódicos en Montmartre, una paseante de hermosos perros Sloughis en Auteuil, un millonario argentino —el último sin duda— en Passy, una vendedora de mejillones en el mercado de Les Gobelins. No me refiero a amigas más fieles como la vieja señora rusa que lleva violetas por los restaurantes de la calle Le-Goff y de la calle Royer-Collard o a aquella niña inocente que vende el Montparnasse en los cafés los días en que está sin blanca, e incluso, a veces, hasta en los comedores escolares.

De entre estos amigos —de los más afortunados ignoraba incluso sus nombres— le gustaba sobre todo acordarse, en los instantes en que se sentía más necesitada, de los horticultores y de los floristas de la calle Alésia. Los había conocido un día en que la suerte le había dado la espalda por completo: por la mañana, rompió una cigüeña de cristal que le servía de fetiche; su amigo Daniel, que tenía que llevarla el día antes al cine, le hizo esperar, sola, una hora en un café y le había hecho llegar una nota a través del más bobo de sus compañeros de la Sorbona; la amiga a quien fue a visitar a la residencia universitaria para pedirle ayuda no estaba allí. Isabelle había sido traicionada. Fue entonces cuando los vendedores de la calle Alésia comprendieron su situación. Gritaron para ella sus frutas y sus flores, no para que las comprara, sino como una declaración de amistad.

ediciones ALFAR